

30º D. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN LUCAS 18,9-14.

En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos, y despreciaban a los demás:

-Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era un fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: ¡Oh, Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo.

El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh, Dios!, ten compasión de este pecador.

Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido.

ESCUCHAR AL CORAZÓN

El domingo pasado escuchamos «la parábola del juez y la viuda», sobre la «necesidad de orar con perseverancia». Hoy, con «la parábola del fariseo y del publicano», Jesús quiere enseñarnos «cuál es la actitud justa para orar» e invocar la misericordia del Padre, en definitiva, «cómo se debe rezar».

Ambos protagonistas de la parábola suben al templo a orar, pero actúan de modos muy diferentes y obtienen resultados opuestos. El fariseo está «de pie» orando y el publicano, «alejado y humillado» hasta el punto de no atreverse a levantar sus ojos. El fariseo invoca a Dios y le da gracias por cómo es él, observante de la ley, al tiempo que «desprecia a los demás hombres» a los que califica como «ladrones, injustos y adúlteros», refiriéndose, incluso, «al publicano» que estaba a su lado. «El publicano invoca a Dios y pide misericordia y piedad».

El fariseo «no siente la necesidad de postrarse ante la majestad de Dios» y «se complace de su observancia de los preceptos y de sus buenas obras», ayuna dos veces por semana y paga la décima parte de lo que posee. Pero su actitud y sus palabras están muy lejos del modo de actuar y de hablar de Dios, que «ama a todos los hombres y no desprecia a los pecadores». Este fariseo, que se considera justo, descuida el mandamiento más importante: «el amor a Dios y al prójimo».

La actitud de este fariseo nos lleva a cuestionarnos sobre «cómo es nuestra oración», cómo rezamos, o mejor, «cómo es nuestro corazón». Es importante que lo examinemos para evaluar cómo son nuestros «pensamientos y sentimientos» y poder despojarnos de toda «arrogancia e hipocresía». La arrogancia y la hipocresía no caben a la hora de rezar.

Debemos «encontrar el camino hacia nuestro corazón», a recuperar el valor de la intimidad y del silencio, porque es ahí donde «Dios nos encuentra y nos habla». Y es a partir de ahí, de ese encuentro con Dios, que «nos podremos encontrar con los hermanos». El fariseo se ha encaminado hacia el templo, pero no se da cuenta de «haber perdido el camino de su corazón». Ni sabe encontrar a Dios ni sabe encontrarse con su prójimo porque su corazón está envuelto en pensamientos y juicios negativos sobre él.

El publicano en cambio se presenta en el templo con ánimo humilde y arrepentido. Su oración es breve: «Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador». Nada más. ¡Bella oración! De hecho, los cobradores de impuestos, llamados publicanos, eran considerados personajes corrompidos, sometidos a los dominadores extranjeros y mal vistos por la gente hasta el punto de ser etiquetados como pecadores.

La parábola nos enseña que no se es justo o pecador según sea la clase social, sino «por el modo de relacionarnos con Dios y con los hermanos». Los gestos de penitencia y las pocas y simples palabras del publicano «testimonian su conciencia acerca de su mísera condición». Él solo se considera un pecador necesitado de piedad.

Así, mendigando la misericordia de Dios, presentándose con las manos vacías, con el corazón desnudo y reconociéndose pecador, el publicano **«nos muestra la condición necesaria para recibir el perdón de Dios»**. Al final, precisamente él, el despreciado por la gente, se convierte en **«icono del verdadero creyente»**.

Jesús concluye la parábola con una sentencia: **«Os digo que este último, el publicano, volvió a su casa justificado, pero no el primero. Porque todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado»**. El fariseo es justamente el icono de persona arrogante y deshonesto que fingiendo orar, se vanagloria de sí mismo delante de un espejo. Así, en la vida quien se cree justo y juzga a los demás y los desprecia, es un soberbio y un hipócrita. **«La soberbia compromete cualquier buena acción, vacía la oración y nos aleja de Dios y de los demás»**.

Por el contrario, **«la humildad es condición necesaria»** para ser ensalzados por Dios y así poder **«experimentar su misericordia»** que viene a colmar nuestros vacíos. Si la oración del soberbio no alcanza el corazón de Dios, la humildad del miserable lo abre. No podemos, pues, llegar a la oración buscando que Dios se pliegue a nuestros planes y a la imagen que tenemos de nosotros mismos.



Hemos de llegar a la oración preguntando: **«Señor, ¿qué quieres de mí?»**

Ojalá que acertemos a **«encajar en nuestra vida esta clave de la espiritualidad cristiana»**.

Saber que a Dios no nos lo ganamos, por la sencilla razón de que no está en venta.

Saber que su amor no nace de nuestro merecimiento, sino que lo precede.

Saber, como dice San Juan, que el amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero.

Ojalá que, conscientes de nuestras limitaciones, **«nos dejemos alcanzar por ese gran amor de Dios»** que transforme nuestras vidas en un **«servicio a su voluntad»**.

Celebramos hoy la Jornada Mundial de las Misiones, **«Domund»**, con el lema **«Seréis mis testigos»**. El Domund nos recuerda, cada año, el mandato misionero inseparable de nuestra condición de bautizados. La fe cristiana es **«un encuentro con Cristo que cambia la vida»**. Después de conocer al Señor nadie puede permanecer indiferente.

Pero además de cambiarnos la vida, de llenarla de esperanza y de sentido, el amor de Dios nos lleva a **«anunciar y compartir lo que hemos visto y oído»**. Somos llamados a **«comunicar la Buena Noticia del Evangelio»**. Pero el anuncio de Cristo va unido al **«ejemplo de vida»** cristiana para **«testimoniar a Cristo con palabras y obras»** en todos los ámbitos de la vida. ¡Seamos pues testigos de Cristo! ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
23 de octubre de 2022